



BOLETIN DEL CLERO

DEL

OBISPADO DE LEON.



NOS EL DR. D. SATURNINO FERNANDEZ DE CASTRO,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA,
OBISPO DE LEON.

Al Venerable Dean y Cabildo de nuestra Santa Iglesia Catedral, á los Arciprestes, Párrocos y á todos los eclesiásticos de la Diócesis, salud y paz en nuestro Señor Jesucristo.

Bien sabeis, venerables y amados hermanos, cuán grande y sublime es la dignidad sacerdotal de que por la misericordia divina estamos revestidos, y la elevada santidad y perfeccion de vida que justamente exige de nosotros. La Iglesia católica, siempre sabia y previsora, ha tomado todas las medidas imaginables para que sus Ministros sean modelos de piedad y espejos de virtud en que se miren los fieles, exhortándonos de mil maneras á que conservemos siempre encendido el sagrado fuego que debe arder en el altar, y á que renovemos en nosotros la gracia que hemos recibido por la imposicion de las manos, como dice el Apóstol á Timoteo.

Aunque exige de nosotros largas y repetidas pruebas ántes de admitirnos á la milicia clerical, aunque nos encarga con energía que examinemos nuestra vocacion para ver si es de Dios; aunque una vez constituidos en el ministerio eclesiástico y hechos embajadores de Jesucristo, segun la frase de San Pablo, quiere que nuestra vida sea irrepreensible y que en todas las cosas nos portemos

como ministros de Dios, y finalmente, aunque nos supone animados de estos sentimientos y ocupados constantemente en la oracion, en el estudio y en el exacto cumplimiento de nuestros deberes; sin embargo de todo esto, su tierna solicitud va mas adelante, mostrándonos un nuevo y mas excelente camino.

Sabe bien esta buena Madre que vivimos en un mundo lleno de peligros, al que debemos santificar, pero cuyos vicios y escándalos pueden hacernos impresion: conoce que se nos puede pegar el polvo de los afectos mundanos, y no olvida que lo primero de todo, aún para conseguir la salvacion de las almas que nos están encomendadas, es el trabajar en nuestra propia santificacion. El gran Apóstol, que no desconocia los inmensos bienes que con la gracia de Dios habia hecho en el mundo, decia en una de sus cartas estas palabras, dignas de ser meditadas: «Castigo mi cuerpo y le reduzco á servidumbre, no sea que predicando á los demás, yo mismo me haga réprobo.» Y si esto temia el vaso de eleccion ¿quién de nosotros, amados hermanos, podrá descuidar el trabajo y la vigilancia para santificarse?

Fundada en estas sólidas razones la Iglesia nos convida á retirarnos de vez en cuando al secreto de nuestro corazon: nos llama á la soledad para vacar allí únicamente al trato y conversacion con Dios, á ejercitarnos y purificar nuestro espíritu, á meditar en los años eternos y llorar los dias, pasados inútilmente ó al ménos no con todo el fervor que el Señor exige de nosotros. Ved aquí, venerables y amados hermanos, indicada y demostrada la utilidad y conveniencia de los ejercicios espirituales á que hoy os convida vuestro amante Prelado, deseoso de vuestro bien, y convencido de las utilidades que este santo retiro os proporcionará. A la verdad, no necesitamos detenernos á manifestaros circunstanciadamente las grandes ventajas de estos ejercicios, las gracias otorgadas por los Sumos Pontífices á los que los practican y el copioso fruto que de ellos han sacado los santos mas célebres de estos últimos tiempos. Todo esto lo comprendéis perfectamente, y sabemos con placer que muchos de vosotros deseábais se os presentase ocasion y tiempo oportuno para hacer este santo retiro, tan útil á vuestra propia santificacion, como á la de los pueblos que os están confiados.

A poco que se medite sobre las necesidades de nuestro corazon, sobre los enemigos con que tenemos que luchar, y sobre los peligros del mundo con el que necesariamente hemos de rozarnos; se comprende la precision de retirarnos de vez en cuando á la soledad para reparar nuestras fuerzas, renovar nuestro espíritu y escuchar la voz de Dios, que en el silencio se deja oír de un modo especial. Por eso sabeis bien, venerables hermanos, que el Divino Maestro, viendo á sus Apóstoles fatigados de la predicacion, les dijo: *Recedite in desertum locum, et requiescite pusillum*: manifestándonos con esto que por buenas y santas que sean nuestras ocupaciones, y sobrenatural y divino el ministerio que ejercemos, es preciso descansar alguna vez para mirar por nosotros mismos, meditando en la presencia de Dios las grandes verdades que predicamos á los fieles, y examinando nuestro corazon para purificar nuestros afectos, limpiarnos de cualquiera mancha y rectificar nuestra intencion, buscando en todas nuestras acciones la mayor gloria de Dios. El mismo Jesucristo nos dió ejemplo, pues leemos en el Evangelio que ántes de comenzar su predicacion, se retiró al desierto y pasó cuarenta dias en el ayuno y la oracion; y durante su vida pública, si ocupaba el dia enseñando á las turbas el camino del cielo, empleaba las noches orando á su Eterno Padre: *et erat pernoctans in oratione Dei*. Los Apóstoles imitaban el ejemplo de su Divino Maestro, y antes de comenzar á predicar, estuvieron diez dias retirados en el cenáculo, orando sin intermision hasta que el Espíritu Santo bajó sobre ellos y fueron revestidos con la virtud de lo alto.

En estos últimos tiempos los grandes Sacerdotes que mas se han distinguido por su heroica santidad y por las innumerables almas que salvaron, no se dispensaban de retirarse anualmente algunos dias para vacar sólo á las cosas espirituales y meditar las verdades eternas. San Francisco de Sales, San Felipe Neri, San Vicente de Paul, San Alfonso María de Ligorio tuvieron esto por regla invariable de su conducta, y son otros tantos testigos que prueban la fuerza y eficacia de los ejercicios espirituales para adquirir y conservar la santidad sacerdotal. San Carlos Borromeo, á pesar de los graves cuidados que le oprimian y de los muchos negocios á que tenia que atender, no sólo de su Diócesis, sinó de la Iglesia universal, se retiraba

dos veces cada año á la soledad del monte Varallo en compañía de su piadoso director para entregarse enteramente al exámen de su vida y á enfervorizar su celo, asegurando que de aquel santo retiro sacaba las fuerzas que le eran necesarias para cumplir sus muchos y gravísimos deberes. El gran San Ignacio de Loyola, que recibió del cielo el mas alto conocimiento del corazón humano, y que ilustrado por una luz divina compuso el libro que ha servido y sirve para dirigir á las almas en estos dias de retiro, hacia los ejercicios anualmente y los dejó por herencia á sus dichosos hijos, quienes, no obstante el ardoroso celo con que se dedican á promover siempre y en todas partes la salvacion de las almas, jamás omiten la práctica anual de los ejercicios espirituales, siendo sin duda esta la causa de que se conserve siempre vivo entre ellos el espíritu verdaderamente apostólico de su ilustre Fundador.

Los Sumos Pontífices, bien convencidos de la utilidad de esta santa práctica, la han recomendado en diferentes Bulas y Constituciones, enriqueciéndola con indulgencias y gracias singulares, y declarando dispensados de la residencia y con derecho á las distribuciones á los Canónigos y á cualesquiera otros Beneficiados, durante los diez dias que con licencia del Prelado se dediquen á tan santa ocupacion, fuera de los tiempos de Adviento y Cuaresma. Con estos ejercicios espirituales, decia Clemente XI, se limpia convenientemente todo lo que se nos hubiese pegado de imperfeccion mundana: se restaura el espíritu eclesiástico: se levanta el alma á la contemplacion de las cosas divinas; y se establece ó se confirma una regla de vida santa y conveniente. El sabio Benedicto XIV exhorta á los Prelados á promover esta piadosa práctica entre los eclesiásticos, sobre todo entre los Párrocos y confesores, y comprendiendo bien con su penetrante mirada los admirables frutos que los ejercicios producen, dice: *Con este piadoso retiro se renovarán en su espíritu y serán revestidos con la virtud de lo alto para cumplir con mayor fervor y alegría todas sus obligaciones para gloria de Dios y utilidad y salud espiritual de los prójimos.* (Const. Ubi primum.) Igualmente nos recomienda constantemente esta práctica nuestro Santísimo Padre Pio IX. ¡Y cuándo más que en estos dias de desolacion y de extravío necesitamos

fortalecer nuestro espíritu con la oracion y los santos ejercicios contra los peligros del mundo infestado de errores y escándalos, no vistos entre nosotros en los pasados siglos, y que con su pestífero veneno causa la muerte y conduce á la perdicion á gran número de almas que nos están confiadas?

Os exhortamos, pues, en las entrañas de Jesucristo, amados sacerdotes, y os rogamos con el Apóstol San Pablo que no desperdiciéis esta gracia de Dios, ni la recibais en vano, y que corrais presurosos á aprovecharos de este tiempo aceptable y de salud. Todos sacarémos gran fruto de este santo retiro, unos para reformarnos, y otros para perfeccionarse, pues el Espíritu Santo nos dice: *El justo justifíquese mas, y el que es santo santifíquese mas.* Unicamente sentimos que no podais asistir todos, sinó un número relativamente corto, por no permitir otra cosa las circunstancias; pero nos queda el consuelo de que en los años sucesivos podrán disfrutar de este beneficio los que en el presente no puedan concurrir.

Concluimos pues, amados hermanos, animándoos á emprender con gozo tan santa obra, y á escuchar con docilidad la voz del Espíritu Santo, asegurándoos desde ahora con el testimonio de cuantos hacen los ejercicios, que vosotros tambien os felicitareis de hacerlos, y deseareis vivamente repetirlos en lo sucesivo. Si hay algunos que abrigan prevencion contra estos dias de retiro ó sienten pereza para consagrarse á ellos, será porque no han gustado sus frutos y no conocen lo que valen; y sobre todo á la hora de la muerte nos alegrarémos todos de haberlos hecho por los grandes bienes que á nosotros y á nuestros fieles concederá el Señor.

Recibid, venerables hermanos, en testimonio de nuestro amor la bendicion que os damos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

Leon 25 de Junio de 1877.

† SATURNINO, OBISPO DE LEON.

RECEPCION DE LOS PEREGRINOS ESPAÑOLES.

De una carta de Roma que tenemos á la vista tomamos los siguientes detalles acerca de la misma.

«Hoy ha tenido lugar la audiencia solemne de los peregrinos españoles en la vasta sala ducal. Antes de ir al Vaticano estos peregrinos, que eran unos 1400, estuvieron en la basílica de San Pedro, donde el cardenal Benavides, patriarca de las Indias, celebró para ellos el sacrificio de la Misa, dirigiéndoles luego una elocuente instruccion. La peregrinacion española, menos numerosa que en Octubre último..... no dejó por eso de hacer llegar á Su Santidad pruebas de profundo afecto y sincera devocion, tales como albums llenos de mensajes y firmas, fuertes sumas para el dinero de San Pedro, y una inmensa cantidad de preciosos dones que llegaron á Roma en mas de cien cajas.

«El Cardenal Payá y Rico, Arzobispo de Santiago, teniendo á su lado al Cardenal Benavides y á los Obispos de Urgel, Pamplona, Zamora, Santander, Almería y á los auxiliares de Sevilla y Madrid, leyó en lengua española un bello mensaje, notable por la fuerza y energía de los sentimientos que expresaba. Su Eminencia subió luego las gradas del trono y puso en las manos de Su Santidad un cofre lleno de oro. Los otros Obispos españoles ofrecieron á su vez ricos presentes y fuertes sumas; luego vinieron los representantes de diferentes diócesis y numerosas asociaciones católicas de España que todos presentaron á Su Santidad preciosos dones, entre los que hemos notado un inmenso album cubierto de muchos millones de firmas y dos enormes bandejas llenas de monedas de oro ordinarias al lado de las cuales una gran pila de onzas formaba una especie de cornisa.

«Las sumas entregadas hoy á Su Santidad, unidas á las que ya le han sido ó serán ofrecidas, hacen subir á cuatro millones de reales la suscripcion de los católicos españoles para el Jubileo Episcopal del gran Pio IX. Un niño de Valencia presentó además al Santo Padre, para que se dignase bendecirla una magnífica bandera de la que pendian treinta y cuatro banderolas de colores de las diversas asociaciones católicas de esta ciudad.

«Su Santidad tomó luego la palabra y pronunció un tiernísimo discurso (en otro lugar va publicado) que fué recibido con aplausos entusiastas, siendo por fin despedido el inmortal Pontífice á los ardientes y repetidos gritos de ¡Viva el **Papa Rey!** que resonaron durante varios instantes en la vasta sala ducal.»

DISCURSO DE SU SANTIDAD

á los peregrinos españoles

EN LA

RECEPCION DEL 12 DE JUNIO.

Al ver tantas pruebas de la caridad de los hijos para con el Padre comun de los fieles, al recibir tantas ofrendas preciosas, tantos presentes, se me ocurre el caso de un buen hermano lego capuchino, elevado hoy al honor de los altares por sus heróicas virtudes y santidad, que estaba encargado de hacer la cuestacion para el convento y que sintió un dia su alforja con un peso que no podia soportar: el bueno del capuchino no queria llevar dinero al convento sino pan y víveres para el sustento de los hermanos.

Sintiendo, pues, en su alforja algo que pesaba mucho echó en tierra el contenido, y vió entonces una moneda que dejó en el suelo; y volviendo á cargar con aquella la encontró bastante mas ligera. Cómo haré yo ahora? No he recibido solamente una moneda, he recibido muchas; ahora cómo haré para soportarlas? Os lo digo, vuestra caridad y la de tantos millares de peregrinos ha sido industriosa para dar, es preciso ahora que la del Pontífice lo sea para distribuir. Habeis sido atraidos á esta segunda peregrinacion por la primera grande española que el año último vino á Roma á venerar las tumbas de San Pedro y San Pablo. Hay un hecho cierto y es que la caridad os ha traído aquí, porque el amor desea ver el objeto de su amor, y hé ahí porqué esta peregrinacion es la repeticion de la que tuvo lugar, siendo este nuevo testimonio de vuestro amor un testimonio solemne, puesto que vuestra peregrinacion está dirigida por gran número de Obispos que han dejado sus diócesis para acompañaros á Roma.

Oh! plugiese al Cielo que la Revolucion quisiera comprender bien que no es la prision ni el destierro lo que dan la fuerza, sino

el amor, al que ni los Neronos ni los demás enemigos de la Iglesia podrán oponerse nunca! Nosotros pertenecemos á una sociedad fundada y protegida por N. S. Jesucristo, y fecundada por su preciosa sangre; dirijamos, pues, nuestras plegarias al Altísimo para que nos ayude á combatir á nuestros enemigos y á la Revolucion. Pero para combatir bien acordémonos de Jacob, quien habiéndose puesto en marcha con su familia supo que Esaú venia contra el: tuvo miedo, recurrió á Dios, y pronunció aquella admirable plegaria que nos han conservado los Libros Santos, y que tan apropiada es aun á nuestros tiempos actuales. Mas al orar no se olvidó de tomar las precauciones humanas; dividió su familia y compañeros en varios grupos para que fuesen al encuentro de Esaú y tratasen de calmarle con presentes, y este plan surtió su efecto, porque estaba bendecido por Dios.

Mis queridos hijos, quereis alcanzar la victoria sobre los Esaú modernos? Orad y formad otros tantos campamentos atrincherados en España, en Francia, en Alemania sobre todo donde la persecucion se hace sentir tan vivamente y tiene á los católicos en la opresion. Y ahora os diré para concluir que no debemos tener mas que un objeto, la gloria de Dios y la salvacion de nuestras almas, objeto que conseguiremos con la oracion y el buen ejemplo. Pero para esto es necesaria la concordia, y la concordia no puede existir con estas divisiones, estos celos y estos ódios interiores que debilitan á los que combaten las batallas del Señor. Que Dios os dé la constancia y la fuerza necesaria para esto, y os bendiga para que seais soldados valientes bajo una sola bandera, bajo un solo capitan, bajo una sola fé.

Mis queridos hijos, estad bien seguros de que la union es la fuerza y de que la union es necesaria para infundir miedo á la Revolucion. Estad pues unidos para alabar á Dios y darle gracias por sus beneficios. Que Dios os bendiga! En cuanto á mi yo os bendigo, á vosotros y á vuestras familias, bendigo á España entera á fin de que se muestre siempre la España católica que por su religiosidad fué la admiracion del mundo: bendigo vuestros bienes; en fin, os bendigo en el tiempo á fin de que podais algun dia devolver vuestras almas á Dios y alabarle y bendecirle durante toda la eternidad.

(Del *Diario de Asturias*.)